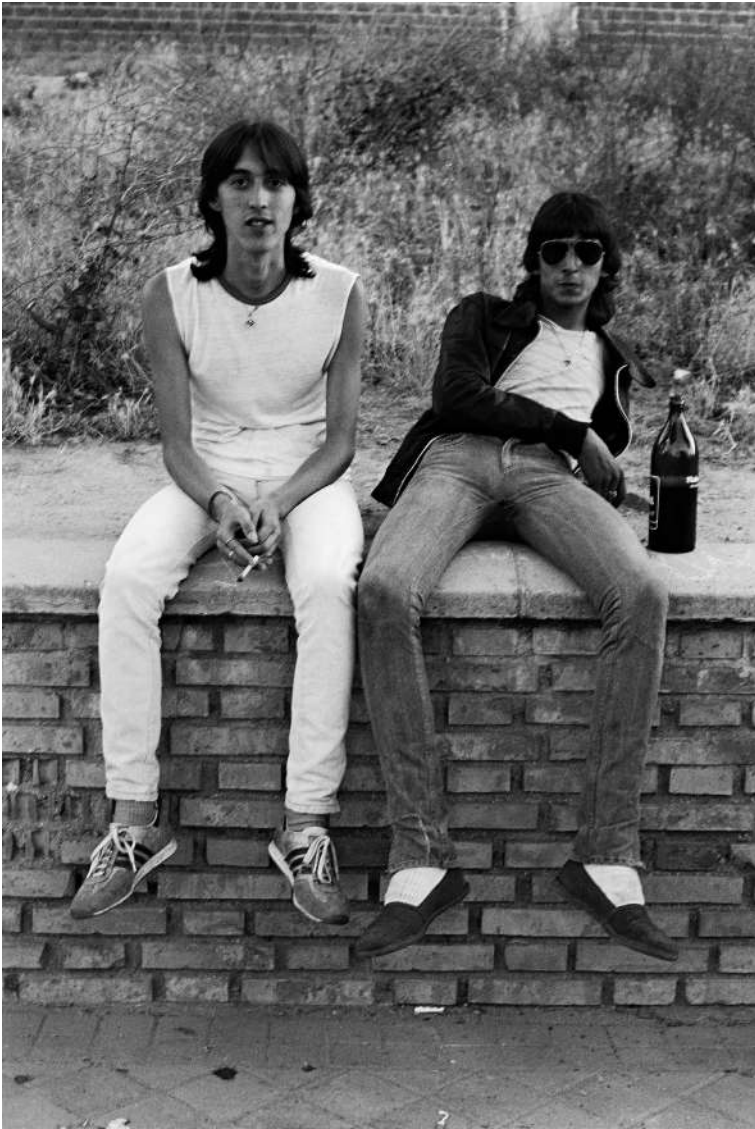


MACARRAS INTERSEculares





Madrid (1985). © Miguel Trillo.

IÑAKI DOMÍNGUEZ

MACARRAS INTERSEculares

*Una historia de Madrid
a través de sus mitos callejeros*



© Iñaki Domínguez, 2020
© De la presente edición: Editorial Melusina, s.l.

www.melusina.com

Primera edición: marzo de 2020
Reservados todos los derechos de esta edición.

Fotocomposición: Carolina Hernández Terrazas
Fotografía de cubierta: El boxeador Dum Dum Pacheco a las puertas de Carabanchel sobre su Lotus Cabriolet de 1970. Fotografía tomada del archivo personal de José Luis Pacheco.
Imagen de cubierta: Jesús Araque e Iñaki Domínguez
Diseño del mapa: Araceli Segura

ISBN: 978-84-15373-83-4
Depósito legal: TF 68-2020

Impresión: Estugraf s.l.
Impreso en España

Dedicado a los macarras de Madrid

CONTENIDO

Introducción	7
1. La figura del macarra: etimología e identidad	11
2. Póker, putas y cuba libres: «Costa Fleming» y alrededores	17
3. Historias de Lavapiés, años setenta	27
4. Zona Cuatro Caminos: territorio salvaje	49
5. Malasaña: iranés, caballo y quinquilleros	71
6. El Rock-Ola, las viejas pandillas y las nuevas tribus urbanas	93
7. Mundo rocker: los «desterrados de la Movida» frente a los mods	125
8. Punkis, heroína y poblados de la droga	153
9. Torrejón y la prehistoria del hip hop español	179
10. Pijos malos: la Panda del Moco	207
11. Los macarras y el mundo de la noche: años ochenta y noventa	227
12. Olavide, donde viven los monstruos: vuelcos, extorsión y abogados corruptos	259
13. «¡La Prospe resiste!» Leyendas del barrio de Prosperidad	285
14. CPV y la zona Este: el renacimiento del rap	319

15. Treneros, ladrones, Tribunal y la fauna callejera	353
16. La Ciudad de los Poetas o barrio de Saconia.	
Años noventa y dos mil	401

Epílogo	439
---------	-----

Introducción

El libro que te dispones a leer es un análisis de una figura, quizás demodé, pero reconocible: el macarra autóctono español. Los macarras reales, no simulados, parecen tener cada día menos visibilidad en nuestro país y bien merecen un estudio pormenorizado. Quizás sea demasiado aventurado hablar de ellos como de una especie en extinción, pero sí da la impresión de que esta figura, en su vertiente tradicional, está poco a poco desapareciendo del mapa. A esto se debe mi interés en dicho tipo humano, que ha de ser comprendido, en este caso, desde unos parámetros temporales y geográficos concretos.

Me ocupo aquí exclusivamente de los macarras interseculares, como reza el título; es decir, personajes que han habitado calles, parques y tugurios, siempre en los límites de la marginalidad, en un lapso de tiempo que va de los años sesenta del siglo xx hasta entrado el siglo xxi. Es a este periodo a lo que me refiero cuando uso la palabra «intersecular». Quizá el término resulte algo pedante, pero es una palabra evocadora que cuenta con una magnífica sonoridad. Por otra parte, quiero dejar claro que el término macarra no lo empleo despectivamente. Me refiero con él, como se diría informalmente, a personas con calle.

Por otra parte, ¿cómo no? El macarra que estudio aquí es el que más destaca entre todos: el macarra castizo, madrileño. Si existe un

macarra por antonomasia, ese es el habitante de la capital. Se ha dicho siempre de los «gatos» que son unos chulos, y no hemos de olvidar que, como comprobaremos más adelante, chulos y macarras en origen representan una y la misma figura: el proxeneta callejero. No cabe duda de que la cuna del macarreo patrio es la ciudad de Madrid.

La idea de escribir este libro se me ocurrió hace ya años. No recuerdo bien si en torno a 2010, o así. Me pareció fascinante recuperar para la memoria las vidas y actividades de los más representativos macarras con los que hasta entonces me había topado, ya fuese en persona o de oídas en base a rumorologías. Llegó para mí el momento en que quise recordar aquellos nombres y hazañas del pasado, de un tiempo que se desvanece por momentos, para fijar en la memoria colectiva esos siempre efímeros mitos callejeros. Por otra parte, hay que entender que este libro es también un tratado de mitología urbana y de folclore contemporáneo; aunque no se trata solo de recabar dichos mitos, sino también de penetrar en ellos, de pasar al otro lado del espejo, de esas proyecciones colectivas que son los mitos, para encontrar el núcleo de verdad que dichos relatos contienen. Se trata, en parte, de hallar la «cosa en sí» del asunto; un trabajo, por otra parte, apasionante.

Al ser un libro construido exclusivamente a base de entrevistas personales, se trata de una fuente primaria en toda regla; un texto que habrá de interesar a historiadores futuros especializados en el Madrid callejero del periodo intersecular. A pesar de que todo lo que aparece en las páginas que siguen es veraz y auténtico, este libro es necesariamente, como ya he dicho, un tratado de mitología urbana. Esto se debe a que la memoria es siempre selectiva y parcial, de modo que distorsiona los hechos. Existe siempre en la mente del informante una subjetividad inevitable que afecta a los contenidos narrados. En palabras del Coleta, famoso rapero al que entrevisté para esta investigación: «Igual que una persona cuando te cuenta que se ha pegado con otro pavo y no es igual cómo te lo cuenta que cómo ha sido... “¡No, es que le metí un puñetazo que le reventé la cara!”, y al final se enzarzaron sin más y le raspó, ¿sabes? Hay gente... que se inventa un personaje y se está tirando un moco que fli-

2. Póker, putas y cuba libres: «Costa Fleming» y alrededores

Aunque mi intención inicial era comenzar mi relato en los años setenta —los años de la Transición, la proliferación de las drogas y la rebelión juvenil—, todo cambió al conocer a un personaje en una noche de excesos. En julio de 2018, fui invitado a una fiesta en la casa de una nueva amiga en la calle Academia, donde me presentaron a un tal Ángel. Le comenté que estaba realizando entrevistas para un libro sobre historias callejeras y él me habló de su padre, del que me contó varias historias de los años sesenta que despertaron mi interés. Decidí, entonces, entrevistarme con el referido señor, ya octogenario, y arrastré un poco más hacia atrás la cronología de mi libro.

Iniciaremos, pues, nuestra andadura con el Madrid de los años sesenta. Es decir, en una gran ciudad que se abre económicamente al capitalismo. Se trata de un suceso decisivo que transformará la conciencia nacional y traerá una riqueza insospechada a los hogares españoles. Curiosamente, la idea de retrotraer los hechos hasta el boom económico tardo-franquista tenía todo el sentido. El origen de la España intersecular hunde sus raíces precisamente en esa transformación estructural, económica y social a la que Franco se vio obligado por circunstancias geopolíticas. Originalmente, como los eslavófilos del siglo XIX pertenecientes a una Rusia cuya economía estaba fundada en la agricultura, Franco aspiraba, en sus delirios

megalómanos, a que el Dios cristiano salvase no solo a la patria sino al mundo entero a través de España, también denominada tendenciosamente por algunos la «reserva espiritual de Europa». En un principio, Franco pretendía, cual Quijote, un retorno al pasado: volver a una realidad en la que Dios fuese el centro, en actitud defensiva frente al subjetivismo liberal —fruto del liberalismo político burgués. En palabras de Mercedes Martín Luengo, con Franco, la «España tradicional sigue enarbolando la bandera del credo cristiano frente al paganismo relativista y la modernidad reinante en Europa».¹ Pero dicha fe insensata tenía verdaderamente poca utilidad política, y una vez terminada la Segunda Guerra Mundial, que arrastró consigo a los sistemas dictatoriales con los que simpatizaba Franco, solo le quedó aliarse con Estados Unidos y abrir las fronteras de la llamada reserva espiritual, precisamente para que esta dejase de serlo. El capitalismo, enemigo del catolicismo autoritario franquista, habría de contaminar el territorio nacional. Se trataba de un sacrificio necesario que Franco había de realizar para la pervivencia del régimen y, por ende, de sí mismo. Franco eligió un mal menor por mera supervivencia. No hemos de olvidar que el régimen franquista fue una estructura diseñada para que Franco y sus élites siguiesen perpetuándose en el poder.

El franquismo tardío tenía cierta semejanza con la China comunista actual, en la que un régimen autoritario abre sus fronteras al capitalismo por necesidad, en una tremenda falta de coherencia cuya razón última es la pervivencia del poder político que ha de ser poseído exclusivamente por ciertas élites políticas y económicas. Así pues, en 1951, la necesidad de conservar el poder en un entorno político enrarecido llevó a Franco a negociar con el presidente Eisenhower los Pactos de Madrid, merced a los cuales se construirían cuatro bases militares estadounidenses en España a cambio de apoyo económico y de legitimidad política internacional para la dictadura.² Una de estas bases militares fue la de Torre-

1. Mercedes Martín Luengo, *José Ortega y Gasset*. Ediciones Rueda, 1999, pág. 20.

2. Franco llegó incluso a ofrecer a Estados Unidos apoyo militar en la guerra de Corea.

jón de Ardoz. No mucho antes, en 1946, el aeropuerto de Barajas, en las inmediaciones de Torrejón, había comenzado a operar. Ambos se encuentran al este de Madrid. Esto hizo necesarias una serie de vías de comunicación entre la capital y ambas instalaciones. Un año antes de iniciarse las obras de la base de Torrejón, el 8 de mayo de 1952, queda inaugurada la avenida de América, también conocida como la «primera autopista de España». En origen, dicha avenida fue diseñada para «mejorar las condiciones de vida de los pueblos del extrarradio», esas comunidades que a día de hoy son barrios asimilados por la propia ciudad: Ciudad Lineal, San Blas-Canillejas, Guindalera, Barajas, San Juan Bautista, Piovera. Muchos de esos distritos eran barrios obreros. De este mismo periodo datan los edificios que hoy dominan la plaza de avenida de América, el más destacado de los cuales es la llamada Torre Iberia. Los obreros que construyeron esos edificios fueron recompensados con viviendas en una colonia de casas bajas y ajardinadas que se encuentra justo en frente: la Colonia Virgen del Pilar. Barrios como San Blas, por otro lado, fueron el fruto de las políticas sociales de Franco y su Plan de Urgencia Social de 1957, con el que se construyeron hasta veinte mil nuevas viviendas. Se estaba configurando la estructura urbanística que serviría de decorado y susttrato a parte del universo macarra del que hablaremos en páginas sucesivas.



Torre Iberia, avenida de América (1953).

Los inicios de la década de 1950 fueron unos años de grandes cambios y desarrollo en la capital de España. Por el noreste se construyeron también nuevas viviendas, muchas de las cuales fueron ocupadas por militares norteamericanos, como en el llamado barrio de Corea (por la guerra que luchó Estados Unidos entre 1950 y 1953). Digamos que en esa época toda la zona noreste de Madrid estaba en construcción. Algunos de los soldados, dependiendo de su estatus en el propio ejército, vivían en unos barrios o en otros. La zona del barrio de Corea la ocuparon por lo general importantes militares, mientras que en otros lugares, como aquellos que conforman la ciudad dormitorio de barrio de la Concepción, se alojaban soldados rasos.

En 1953 se inicia, en este último barrio, la construcción de las llamadas Colmenas, también conocido como el Complejo Residencial del parque Calero. Se trata de unas enormes edificaciones que seguían algunos de los parámetros de la ciudad autónoma establecidos por el arquitecto suizo Le Corbusier, inspirador del movimiento brutalista en la arquitectura. Estas ocho mil viviendas fueron construidas por José Banús, poco después de completar el Valle de los Caídos. La mayoría de ellas miden entre 55 y 60 metros cuadrados. La idea era crear grandes edificaciones a modo de microcosmos con viviendas y locales comerciales integrados, que fuese capaz de «respirar» y auto-abastecerse. Gran parte de sus habitantes habían sido realojados desde poblados chabolistas de la Ventilla, gente que vivía antaño en el ensanche de la Castellana. Según un artículo de *El Mundo*: «Las viviendas fueron adquiridas por los estratos enriquecidos del régimen, que las arrendaron a las clases bajas, a razón de 415 pesetas al mes. Sin dotaciones y alejadas del centro de la capital, pues cuando se construyeron, desde 1953, aún no existían ni la M-30 ni el parque de las avenidas».³ Las Colmenas eran habitadas por muchas familias, contenían prostíbulos —muchos más que a día de hoy— y en ellas vivían muchas «queridas» de altos cargos de la policía y el ejército. Estos les «ponían un pisito» para poder visitarlas

3. Jorge F. Leal, «Las “Colmenas” de Madrid», *El Mundo*, 11 de octubre de 2010.

cuando necesitasen saciar su apetito sexual. Normalmente, sus «benefactores» eran padres de familia casados: «hombres de bien» con una doble vida.



Colmenas construidas por José Banús (1953).

No es de extrañar que estos grandes bloques organicistas fuesen más conocidos como Colmenas, que son la forma de organización social animal que sirve de base a la meditación filosófica en torno al funcionalismo y la integración armónica de elementos dispares, al menos desde el siglo XVIII. La colmena ha representado siempre la metáfora de toda sociedad armoniosa y equilibrada. Dicha armonía, sin embargo, pertenecía, al menos en el caso de estas grandes moles, más al ámbito de la imaginación y al pensamiento abstracto que al de la realidad material, puesto que las expectativas utópicas que suscitaron como proyecto jamás se cumplieron. En los ochenta se convirtieron en el escenario idóneo para películas de cine quinqué o tragicomedias sobre

la clase trabajadora, como *Colegas* (1982) o *Qué he hecho yo para merecer esto* (1984).⁴

También en estos años se levantó el barrio de parque de las avenidas, colindante con la autopista de avenida de América, donde vivían muchos pilotos de Iberia. Todavía hoy representa un gran bastión del franquismo tardío, tanto estética como culturalmente, puesto que muchos de los adinerados miembros de la estructura socioeconómica del franquismo siguen vivos todavía, y uno puede encontrarlos precisamente ahí. De dicho barrio provienen los Hombres G, que al hacer pellas del Colegio Menesiano, frente a la M-30, iban al mítico bar Rowland, regentado por el Nano y abierto aún a día de hoy. Al otro lado de la carretera está el barrio de la Concepción.



Bar Rowland. © Rocío García.

¿Qué ocurre con la llegada de los americanos a estos barrios? Que comienzan a surgir locales para el placer y el disfrute sensual; esta-

4. Decía Pedro Almodóvar que veía las Colmenas todas las mañanas cuando iba a trabajar como funcionario desde el barrio de Prosperidad —donde residía— hasta las oficinas de Telefónica en las que trabajaba.

blecimientos donde hay alcohol, cabarets y prostitución. Desde entonces, tanto el barrio de la Concepción como la parte este de la Castellana (barrio de Corea) cuentan con prostíbulos que nacen de las necesidades de la soldadesca norteamericana, solo que Corea era el lugar de las «putas finas», como dice uno de mis informantes.⁵ En sus locales podía uno conocer a tales mujeres para luego recalar en uno de los apartamentos unipersonales de Capitán Haya —al otro lado de la Castellana—, que siguen en funcionamiento a día de hoy. Dicha parte noroeste de Madrid, de más rango que el barrio de la Concepción, está atravesada por la calle Doctor Fleming, que en los años sesenta fue área festiva paradigmática de la capital. La calle Doctor Fleming se alza desde el estadio Santiago Bernabéu casi hasta la plaza de Castilla. La zona, irónicamente, fue construida en el seno de un franquismo sociológico sujeto a elementos como el estatus, las apariencias y una profunda represión de las pulsiones instintivas. De modo llamativo, los americanos —que pertenecían a otro mundo— daban rienda suelta ahí mismo a sus apetitos, y muchos españoles seguían también su ejemplo. Como suele decirse, donde hay soldados hay disipación y libertinaje. Los locales del barrio de Corea estaban diseñados para el disfrute de los americanos; también para el lucro de todos los buscavidas, prostitutas y propietarios del mundo de la noche. Franco hacía la vista gorda, pues los americanos eran quienes imponían sus criterios, dada su supremacía política y económica.⁶

5. Se dice que un famoso futbolista argentino del Real Madrid, que vivía en la zona, era un asiduo de los bares de la Costa Fleming. Por lo visto, en ocasiones se cogía grandes borracheras y gritaba a la gente por las calles. Los serenos —que ejercían como guardas callejeros durante el franquismo— trataban de aplacarle sin llevarle mucho la contraria. Digamos que el futbolista gozaba de un trato especial dado su estatus de astro del deporte.

6. Una estampa clásica de estos tiempos la conformaban las innumerables prostitutas subsaharianas que se colocaban al otro lado de la Castellana, en la zona de Cuzco. Ellas eran prostitutas callejeras, pero en el interior de los locales de la zona estaban otros trabajadores del gremio que, si no me equivoco, siguen en las barras americanas de la zona.



La Castellana en construcción.

Ese Madrid del franquismo tardío estaba construido a base de hormigón, compuesto de estancias repletas de madera y portales kitsch ornamentados con estatuaria bizarra (en algunos casos, de corte religioso). Conozco a habitantes castizos de estas construcciones subsumidos en su propia burbuja imaginaria de rancio abolengo. Son ese tipo de gentes que fuman sus puros en el ascensor, importándoles muy poco si el hedor de su tabaco molesta a sus vecinos; que no saludan porque creen ser mejores que los demás; que están subyugados por una soberbia impostada que brota de una falta de genuina estima de sí mismos. Es la España reaccionaria atravesada por una neurosis que supura por sus poros; una neurosis sustentada en una cultura que es enemiga de la vida, como diría Nietzsche. Esa neurosis de las altas esferas de la españolidad rancia se fundamenta, principalmente, en el rechazo del sexo, es decir, el repudio de uno mismo.



Cartel de la película *Madrid, Costa Fleming* (1973).

Hay culturas que reniegan de la naturaleza biológica pero que, aun así, canalizan o subliman sus propias necesidades animales. Y cada una de estas estructuras culturales cuenta con una eficacia mayor o menor dependiendo del contexto histórico. El cristianismo de finales de siglo xx en España, sin embargo, no habría de ejercer dicha función. De hecho, sus mandamientos eran por completo contraproducentes dadas las circunstancias. Esos españoles antiguos tenían (y tienen) muchos esqueletos en sus armarios e hijos adultos neuróticos en sus cuartos de calderas. En una ocasión, bajando por la Castellana, vi a un señor de unos sesenta años temblando tendido en la acera, en un ataque que no sabría definir. Su dentadura postiza le colgaba de la boca. La imagen era perturbadora. Seguí caminando y un transeúnte que andaba en mi misma dirección comenzó a hablarme. Aunque en un principio creí que era marroquí, dijo ser napolitano. Tendría treinta años y su oficio era el de repartidor que lleva la compra a casa de familias de la zona. Trabajaba para Sánchez Romero, probablemente el supermercado más caro de España. Me dijo que no podría creer lo que él veía en su trabajo. Que la gente

del barrio «estaba loca». Que eran todos alcohólicos, miembros de familias disfuncionales en las que convivían grandes señoras y caballeros altaneros, con sus hijos de cincuenta años, y que el tipo ese al que le estaba dando el ataque era un ejemplo de ello. Ese hombre en el suelo representaba tan solo el síntoma de un padecimiento colectivo.

La zona de juerga de la calle Doctor Fleming de finales de los años sesenta estaba compuesta, pues, de dos grupos humanos bien diferenciados: extranjeros vividores y castellanos ensimismados que pertenecían más a la Edad Media que al siglo xx. Los dionisiacos norteamericanos iban a ganar la partida, y lo sabían, pues el universo y la historia conspiraban a su favor.

Por lo visto, una calurosa tarde del verano de 1968 preguntaron al joven periodista Raúl del Pozo dónde veraneaba y él respondió que en la «Costa Fleming». Sus palabras remitían a dicho barrio de Corea, situado en la franja este de la Castellana; avenida «estructurante» de la ciudad, pues la atraviesa de norte a sur. El éxito de esa zona, en lo que a festividades nocturnas se refiere, hizo que dicho modelo de negocio se extendiese tanto hacia el oeste de la Castellana, en Capitán Haya (que todavía a día de hoy está lleno de barras americanas, locales de strip tease y prostitutas callejeras), como hacia el este, hasta Príncipe de Vergara, ya en las inmediaciones del parque de Berlín (inaugurado en 1967).

A esta última zona —situada en el límite oriental del barrio de Corea— remitirán las historias que narraré a continuación. Se conocía al barrio de Colombia (oficialmente conocido como Hispanoamérica a modo de homenaje a la fecundación cultural que supuso la conquista de América), como de las Cuarenta Fanegas o el barrio de las Preñadas. Como ya vimos, en los sesenta había una demanda latente de pisos, y se construyeron muchas viviendas para funcionarios, militares y empleados institucionales. El barrio de Colombia está conformado, en gran parte, por viviendas de protección oficial, solo que dependiendo de la categoría oficial a la que uno perteneciese accedía a viviendas más o menos lujosas.

Como ya dije, tras mi encuentro fortuito con Ángel esa noche de verano de 2018 quise entrevistarme con su padre, propietario de

varios locales nocturnos de la zona durante los sesenta. Varios meses después concertamos la cita en un restaurante de Madrid, entre Ángel, su hermano, su padre y yo. El primero en llegar fui yo, y quedé a la espera en una mesa del restaurante Lobbo. Bebía cerveza mientras escuchaba las conversaciones de los adinerados venezolanos sentados en la mesa de al lado. No mucho tiempo después llegó Ángel. Hablamos un rato hasta que aparecieron sus dos familiares. Su padre era un hombre de ochenta y cuatro años, que se sentó a mi lado sin decir palabra. Tras intercambiar unos y otros las debidas palabras de cortesía, el viejo clavó sus ojos en los míos con una media sonrisa y un perverso brillo en la mirada, diciendo: «Bueno, ¿y qué quieres saber?». Yo saqué mi grabadora y apreté el botón de REC.

El padre de Ángel, José Núñez, comenzó su carrera en las oficinas de la Azucarera, en las que trabajó durante diecisiete años. Al casarse, el sueldo no le llegaba, por lo que se vio obligado a ponerse a trabajar en un mesón de El Viso [en el límite sur del barrio de Corea] llamado El Sobaco, donde se familiarizó con el mundo de la hostelería. Con la modernización del barrio a principios de los sesenta, las barras americanas comenzaron a proliferar en el lugar. Viendo una oportunidad de negocio, en 1963 montó, con su hermano, el bar Tokio en la calle entonces conocida como del General Mola (Príncipe de Vergara), al sureste del barrio de Corea. El Tokio era una barra americana: un local donde se reunían prostitutas para atraer a clientes. Este tipo de locales no son prostíbulos *per se*, sino que operan como plataformas de encuentro para putas y puteros. El propietario del bar se lucra de las copas que los potenciales clientes consuman, siempre animados por las prostitutas que exigen ser invitadas. De las copas que estos pagan, las prostitutas se llevarán un porcentaje. Si estas luego quieren cobrar al cliente o no por servicios sexuales, es cosa suya. El bar no cuenta con habitaciones o estancias para practicar el sexo. Las chicas hacen de reclamo que incrementa el consumo (y precio) de bebidas.



José Núñez con el autor.

Estos locales estaban sujetos a una serie de medidas estrictas y, en algunos casos, absurdas. Por poner un ejemplo, estaba terminantemente prohibido que las mujeres ocupasen el espacio fuera de la barra, y la corrupta policía franquista hacía asiduas visitas al local. En la calle Hermanos Bécquer, donde vivían tanto Carmen Polo como Carrero Blanco, la cosa era bien distinta. Según me comenta José, debajo del ático donde vivía «la Franca» —como él la llama—, en un local a pie de calle, había otro bar americano. En el resto de Madrid, las autoridades complicaban las condiciones para que estos bares operasen autónomamente. Sin embargo, en Hermanos Bécquer los escoltas de la familia Franco podían disfrutar del alcohol, el sexo y la música con toda libertad. El resto de bares se veían acosados por dos comisarios bien conocidos en el mundo de la noche. Ambos agentes eran el azote de muchos de estos locales. «Esos nos daban caña constantemente», dice José. La corrupción, muy arraigada en el régimen como parte estructural del mismo, salpicaba también a la policía. Uno de los comisarios tenía irónicamente «en Ciudad Lineal un chalet con putas dentro. Y a nosotros no nos de-

jaban...». Digamos que el agente de la ley trabajaba a dos bandas. Putear a otros locales era un buen modo de diezmar a la competencia.

Dado el éxito del Tokio, José y su hermano siguieron con la temática japonesa y abrieron el Samurai, otro local del estilo justo en frente del anterior. En el Samurai llegaron a contar «con dieciocho chicas». El negocio iba tan bien que montaron otro bar americano un número más abajo: el Acapulco. Los clientes de estos negocios comenzaron siendo los americanos, que luego fueron sustituidos por clientela española. Por lo general varones de unos cuarenta a cincuenta años de edad, lo cierto es que toda la gente importante del régimen pasaba por ahí haciendo gala de una tremenda hipocresía. Precisamente quienes imponían las normas para prohibir dicho tipo de negocios eran los primeros en hacer uso de ellos. De hecho, tales prohibiciones eran, en muchos casos, un modo de hacerse con el negocio o de tener un acceso más exclusivo al mismo. La policía trataba de confraternizar con los propietarios para que fueran sus confidentes, algo que, según José, podía traer más problemas que beneficios.

El Samurai contaba con un salón detrás de la barra, disponible solo para los buenos clientes, aquellos dispuestos a pagar una botella de champán. Entonces salían las mujeres. Si la policía descubría que éstas no estaban detrás de la barra imponía al bar una multa de mil pesetas de aquel entonces. A los propietarios, sin embargo, les salía a cuenta, puesto que uno de esos clientes VIP gastaba entre cuatro y cinco mil pesetas en una botella de whiskey o de champán. Entre los tres locales, José y su hermano llegaron a contar con unas ochenta o noventa prostitutas.

Muchas de estas mujeres tenían sus trabajos diarios, aunque visitaban estos clubes para ganar un dinero extra y, quién sabe, quizás encontrar marido (el modo más seguro de obtener una posición acomodada en esos años). Hay que decir que por aquel entonces todas estas mujeres eran de nacionalidad española, pues los ratios de inmigración extranjera eran insignificantes. El país no era lo suficientemente rico como para atraer mano de obra extranjera. Generalmente, esas mujeres formaban parte de flujos migratorios interiores al propio país. Es decir, que muchas de ellas provenían de poblaciones más pequeñas: de pueblos o ciudades de provincias.